NERÓN

LOS IMPERDIBLES

OTROS LIBROS
DEL AUTOR EN DUOMO EDICIONES:

Saga *La guerra de las Dos Rosas*:
Tormenta
Trinidad
Estirpe
Amanecer

Saga *El Imperio de sal*:
Darien

El Halcón de Esparta
Las puertas de Atenas

CONN IGGULDEN

NERÓN

Traducción de Víctor Manuel García de Isusi

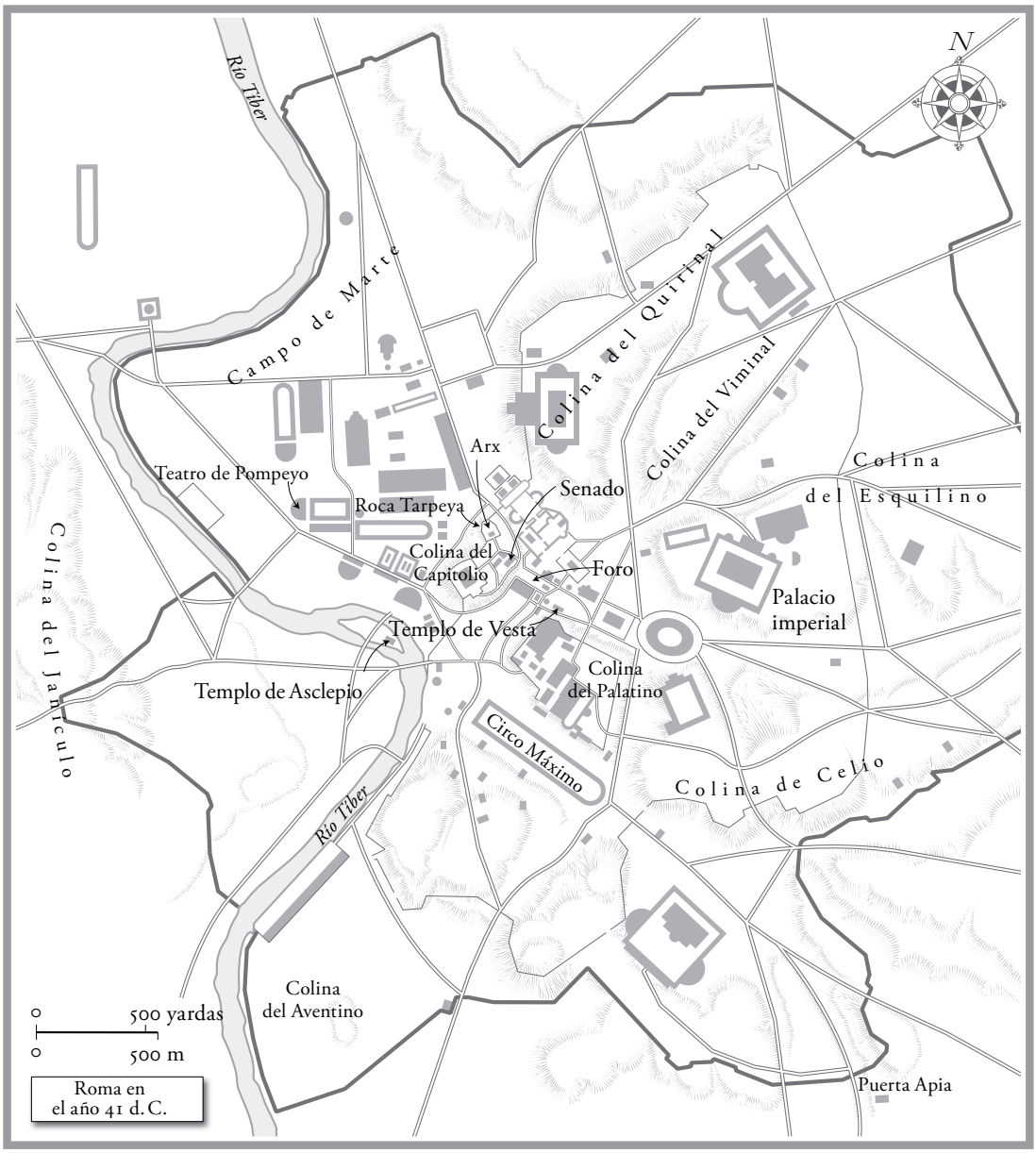
DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2025

Para Jetti Feintuch, que dejó que leyera
el último libro de su padre, aún inédito

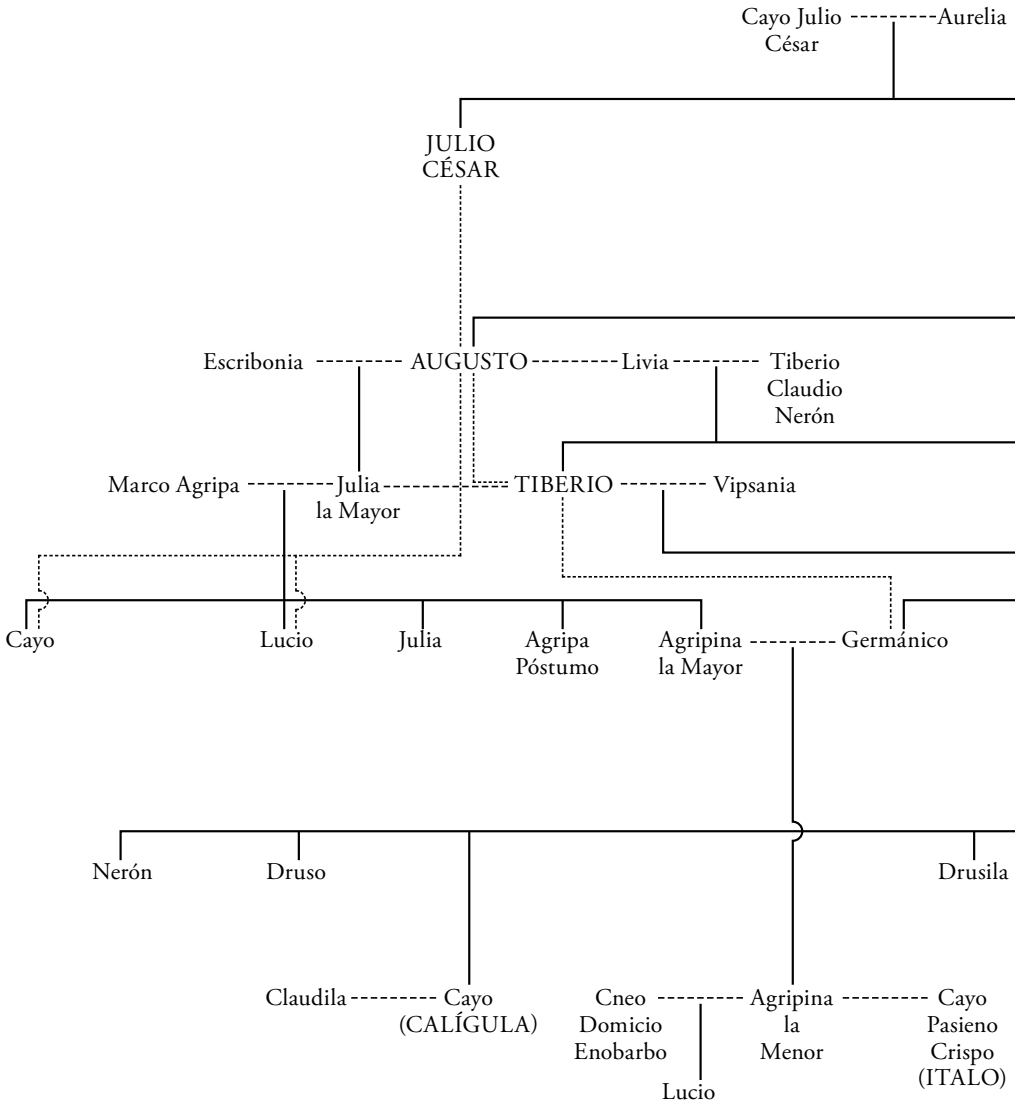
El Imperio romano en el siglo I d. C.

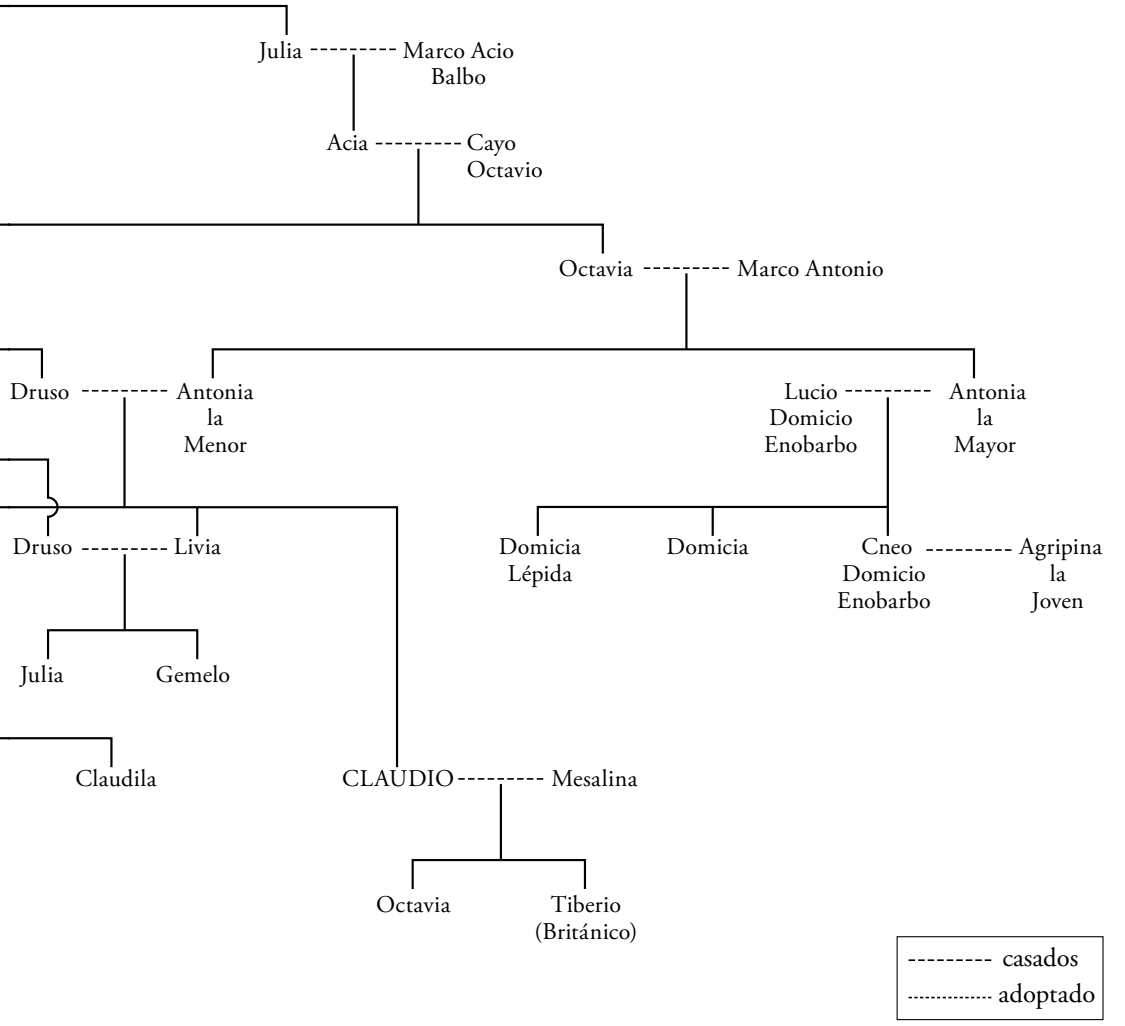
ITALIA
Ponza
Pandataria
Capri
TRACIA
Vía Apia
Atenas
SIRIA
JUDEA
Jerusalén
Alejandría



Roma en el año 41 d.C.

Dinastía Julio-Claudia




Julia
Marco Acio Balbo
Acia
Cayo Octavio
Octavia
Marco Antonio
Druso
Antonia la Menor
Lucio Domicio Enobarbo
Antonia la Mayor
Druso
Livia
Domicia Lépida
Domicia
Cneo Domicio Enobarbo
Agripina la Joven
Julia
Gemelo
Claudila
CLAUDIO
Mesalina
Octavia
Tiberio (Británico)
casados
adoptado

PARTE UNO
37 D. C.

I

Aquella luz no encajaba. Con el sol bajo en el horizonte, era de ese extraño y maculado color dorado que solo se ve en las últimas horas. Había nubes negras e hinchadas que parecían una mano que descansara sobre las colinas, arañando y destellando con repentina violencia. En los momentos anteriores a que se desatara la tormenta, en los establos, la pareja se miraba.

Cneo entornó los ojos a la luz de aquel sol enfermizo y se enfrascó en el tercer caballo que había sacado para preparar su cuadriga de carreras. Los dos primeros bufaban, sujetos por las correas a la barra central. Aquel artilugio pesaba menos que un niño. Estaba pintado de negro y dorado, y todas y cada una de sus piezas se habían ido haciendo cada vez más ligeras, rebajadas por maestros. Cuando fustigaba aquellas riendas y conducía los cuatro caballos al galope, nadie en el mundo era capaz de darle alcance.

El animal estaba inquieto y retrocedía, pero Cneo le dio un golpe en el morro. No tenía tiempo para tonterías. Eran presas, criaturas estúpidas. El caballo le tenía miedo, y hacía bien, porque ya sabía lo que pasaba si Cneo perdía la paciencia. El hombre tuvo que dirigirlo en un círculo cerrado mientras el animal intentaba zafarse; se negaba a situarse junto a

los otros dos. Estos dos eran pareja y se llamaban Cástor y Pólux. A Cneo le habían ofrecido una fortuna por un hijo de ambos, pero había rechazado la oferta. El senador que se la había hecho se había alejado mascullando algo sobre la familia de Cneo y este se había acostado con la esposa del político una semana después. Sonrió al acordarse de aquello, aunque no pudo evitar sentir cierta amargura.

Hacía tanto calor que el aire resultaba húmedo y denso. Cneo sentía como si lo presionase y su enfado aumentó, como las nubes de tormenta. El hombre miró a su esposa y le quedó claro que lo odiaba. Aun así, en cierto modo, se esperaba que muriera por ella.

—¿Es que no vas a decir nada? —le preguntó ella airada—. Que sea el chico quien se encargue de los caballos. ¿Vas a ir a Roma o no? Si huyes, Barbo, nos matarán a ambos.

La joven se puso una mano sobre el útero, que ya pensaban que nunca se llenaría después de que hubiera estado vacío nueve largos años de matrimonio. El hombre miró donde ella se tocaba. Había veces en las que lo retorcía como si fuera una soga.

—No me llames «Barbo» —musitó—. Así solo me llaman mis amigos.

Mientras hablaba, Cneo aceptó unas riendas de un esclavo. El tercer caballo se había tranquilizado y le permitió que lo colocara en su lugar. Cneo apretó las correas y tres monturas cabecearon mientras el esclavo traía la cuarta, que relinchaba una y otra vez. Querían huir, igual que él.

Cneo le hizo un gesto al esclavo para que se marchara mientras él mismo se ocupaba del cuarto caballo. No necesitaba ayuda. Salía a montar cada día, como le correspondía a alguien de su clase. Puede que, además, fuera consciente de que había oídos escuchando cada una de aquellas palabras. Tenía la amarga impresión de que la mitad de la ciudad co-

nocía en qué andaba metido. Nada resultaba privado. Esa era otra de las cosas que Agripina nunca iba a entender.

—¿Debería llamarte «*dominus*»? —le preguntó ella con una dulzura engañosa—. ¿O debería saludarte con un «*salve, magister*», como si fueras mi profesor? Al fin y al cabo, no era más que una niña cuando nos conocimos.

Cneo la rodeó lo bastante rápido como para que ella se encogiera de miedo. El hombre tenía una gran fuerza física, pero se movía con una gracilidad inusual. Se fijó en la manera en que se sonrojaba ella y pensó en lo bonita que era a pesar del miedo que la embargaba. La cogió por la muñeca con la mano que tenía libre y sintió huesos bajo sus dedos. Él era un soldado, un équite, un hombre rico, y aunque ella tuviera veintidós años había veces en las que seguía siendo la niña de trece que su familia le había entregado a la de él.

—Yo no te pedí, Agripina. Por lo que recuerdo, fue tu madre la que aduló a mi familia hasta que la leche se cuajó, así que no juegues conmigo, no, al menos, al tiempo que me pides que vaya a la muerte por ti. Podrías descubrir que me parece demasiado.

—Pues si no eres capaz de hacerlo por mí, hazlo por el niño que llevo dentro.

La joven le cogió la mano y se la puso en la tripa y presionó con fuerza.

«Esta mujer está loca», pensó él y se preguntó si el niño sobreviviría a la madre. Cuando sintió una patada en la mano, la apartó de un tirón.

—¿Sabes lo que sucederá, *esposa*, si tomo la vía Apia en dirección a Roma? ¿Sabes lo que hará Sejano?

—Sé lo que hará como huyas.

Agripina estaba muy pálida. Él ansiaba que lo rodeara con los brazos, aunque solo fuera una vez, que hiciera algo que le demostrara que le tenía el más mínimo afecto. Desde

luego, haría todo aquello más fácil. Su madre le había dicho que, con el tiempo, acabaría amándolo, pero no había sido así. Por mucho miedo que le tuviera, Agripina seguía tratándolo con desprecio. Cneo había vivido sin amor o amabilidad por parte de su esposa. La ira que aquello le hacía sentir no lo reconfortaba.

—Cneo…, Sejano es la voz del emperador en Roma. Si huyes, te considerará al margen de la ley. Te arrebatará cuanto tienes: la tierra, las minas, esta villa… y a mí. El niño y yo careceremos de protección. ¿Cuánto duraríamos entonces, con el prefecto de Roma como enemigo?

Con unos movimientos rápidos de las manos, Cneo le puso los arreos al último de los caballos y dejó las riendas en su correspondiente gancho de la cuadriga. Los cuatro caballos levantaron la cabeza, presintiendo la oportunidad de salir corriendo antes de que empezara la tormenta. Había tanta potencia en ellos que a Cneo también le daban ganas de cabalgar. El hombre estaba preparado para marcharse, pero allí seguía, mientras los relámpagos los iluminaban y el estruendo de los truenos retumbaba por todas partes. Levantó la cabeza y respiró un aire que parecía estar más vivo. Soplaba ahora un poco de brisa, una brisa más fresca que en semanas. Estaba claro que iba a haber una tormenta…, que iba a suceder un cataclismo. La tierra lo pedía a gritos.

—Mira, Agri, soy el hijo pequeño, no tenía que pasarme nada importante. No soy sino el nieto de Marco Antonio. Conduzco cuadrigas y superviso mis tierras, pero no amenazo a hombres como Sejano o el emperador. *Mi* familia era rica y, sí, quería unir nuestra línea con la sangre divina de Augusto, ¡pero eso era todo! Entonces Tiberio se fue a Capri y Sejano… —Cerró la mano con fuerza alrededor de las riendas—. Sejano empezó a acabar con todos los que podrían interponerse en su camino.

—Eso no lo sabes.

Cneo la miró incrédulo. Había hablado. *Él* había hablado y eso debería haber puesto fin a la conversación. Otros esposos no tenían que soportar tanta insolencia. Ella, en cambio, siempre tenía que decir la última palabra. Apoyó la frente en el hombro de uno de los caballos. Cneo tenía treinta y nueve años. Se había casado con Agripina cuando tenía treinta y la joven siempre se había comportado con él como una niña. De hecho, era probable que nunca fuera a dejar de serlo.

—¿De verdad estás tan ciega? —le soltó de pronto—. El emperador Tiberio solo se entera de lo que Sejano quiere. ¿Eso lo entiendes? Desde la muerte de su hijo, esa araña vieja y maliciosa se ha encerrado en su isla, entregándose a la pena. Ahora mismo hay un gran silencio en Roma y resulta que ese amigo en el que tanto confía, su amado compañero de fatigas, ese al que ha dejado al cargo, ha visto la oportunidad de aprovecharse de ello. ¡*Pues claro* que Sejano es el responsable de lo de tus hermanos, Agripina! Destruyó a Nerón con una acusación. ¿No te parece raro que un joven tan sano se quitara la vida? ¿Fue por la terrible vergüenza que sentía? Dímelo tú. Al fin y al cabo, era de tu familia y no me parece a mí que ninguno de vosotros sienta vergüenza alguna. Mira…

Se quedó callado unos instantes. No tenía claro que debiera seguir hablando, pero el desprecio que vio en la cara de ella lo empujó a continuar. Se inclinó hacia delante y bajó el tono de voz; hasta en su propia casa debía andarse con cuidado. Sejano pagaba a un ejército de clientes, o eso se decía, para que le hicieran llegar todo aquello que se susurraba o se mantenía en secreto.

—A Nerón lo acusó de comportarse como una mujer con otros hombres. ¿Crees que a Tiberio le importa lo más mínimo? Es tan cruel… Agripina, podría contarte cosas que te harían enfermar. No, si Tiberio firmó esa orden de exilio, si

es que llegó a verla, fue porque se lo pedía Sejano, que pretendía deshacerse de un competidor. He oído que dejaron que tu hermano se cortara la garganta, pero es que no tenía alternativa, ¿lo entiendes?

—No te atrevas a hablar de él. —La joven temblaba, pero de frustración.

Cneo era un hombre poderoso que estaba acostumbrado a atemorizar a quienes lo rodeaban amenazándolos con ejercer la violencia contra ellos. La joven siempre tenía que esforzarse por no dejarle ver el miedo que le hacía sentir.

Cneo se encogió de hombros.

—Yo no les he hecho nada a tus hermanos, Agripina. Lo único que yo hice fue tomar a una esposa que ha sido fría conmigo. Es Sejano el que ha visto un sendero que lleva al poder, quien me ha convertido en otra piedra que apartar de su camino de una patada.

Cneo se fijó en que la joven miraba a su alrededor para ver si alguien lo había escuchado. Cneo se rio, repentinamente hastiado de aquello.

—¿¡Acaso he hablado muy alto!? —Levantó aún más la voz—. ¿¡He dicho que Sejano ha matado a tus dos hermanos, a uno de ellos él mismo y al otro dejando que muriera de hambre!? ¡Y el tercero habría sido el siguiente si no hubiera desaparecido!, para ponerse a salvo, no me cabe duda. ¿Cómo se llamaba? ¡Sí! Cayo Julio César. Como Nerón César y Druso César. Me pregunto si a tu madre se le ocurriría pensar en algún momento que les puso nombre a todos para que los asesinaran. ¡Pero me acusan a *mí* de adulterio con la esposa de un senador como si media Roma no se pasara la noche llamando a la puerta de la otra media! Sejano te ataca a ti a través de mí con su acusación. Me juzgarán y me enviarán, ¿adónde?, a la isla de Ponza a que muera de hambre, o a Capri, quizá, para que sea la puta de Tiberio. O puede que

me den un cuchillo y me pidan que me encargue yo mismo en mi celda. Eso es lo que quiere. O quizá quiera que huya. Sejano se está abriendo camino al poder con la muerte, Agripina, y, si tú no lo ves, ¡yo sí! ¡Eso es lo que me estás pidiendo! ¡Si cabalgo a Roma, cabalgo a la muerte!

Cneo gritaba a voz en cuello, disparándole las palabras hasta el punto de que la joven esposa se inclinó hacia atrás y cerró los ojos. Ella también sentía la brisa anterior a la tormenta, que la despeinaba. A Cneo le daba la impresión de que aquella ventolera la había desatado él mismo. Resollaba, como si acabara de correr una carrera.

Agripina se le acercó, dentro del alcance de los puños de él, y su voz restalló como un látigo:

—Siempre hablas del deber, Cneo, de que el padre de la casa es el responsable de todos los que viven en ella; bueno, ¡pues ese es tu papel! ¡Si no te hubieras mostrado tan libre con las esposas de cónsules y senadores, puede que Sejano no tuviera nada con lo que ir a por ti, así que no busques perdón o simpatía en mí, porque tú no me has mostrado ninguna a mí!

—Eres una bruja con el corazón frío —siseó él—. ¿Cuándo me has dado tú la bienvenida a tu lecho? ¿Cuándo has abierto las piernas para mí sin que tuviera que obligarte a hacerlo recordándote mi derecho como marido? Y luego te quedas ahí…, muerta como un pez hasta que acabo, y vuelves a tus aposentos como si no hubiera pasado nada. Durante estos nueve años, eso es lo único que he obtenido de ti. ¡Por los dioses, debería haber imaginado que serías retorcida! ¿¡Eres capaz de amar!? A tu padre lo asesinaron, a tu madre la humillaron en las calles, le dieron tal paliza que perdió un ojo…, y nunca te he visto llorar, Agripina, ni por ellos ni por tus hermanos. Eres como una piedra. Así que, si he encontrado algo de calor con mujeres normales, con apetitos como el mío…

Agripina lo abofeteó de pronto, sin advertencia, como si ni ella misma hubiera sabido que iba a hacerlo. Cneo podría haberse apartado, o incluso haber detenido el puñetazo de un hombre, pero su esposa lo había sorprendido. Fue un golpe tan fuerte que le dejó la cabeza girada. El hombre reaccionó como una centella y su brazo se convirtió en una maza.

Agripina trastabilló, temiendo que fuera a matarla, tropezó con sus propios pies y cayó sobre el empedrado y chilló de dolor.

Cneo, aún enfurecido, miró a la joven que llevaba a su hijo. Nunca le había pegado, ni una sola vez en aquellos nueve años de matrimonio. Ella medía y pesaba la mitad que él y él era un soldado que había matado a otros hombres tanto en batalla como en disputas violentas. A un équite que había decidido discutir con él le había sacado un ojo y se había quedado tan ancho. A otro lo había matado estrangulándolo con las manos desnudas cuando este se había negado a honrar una apuesta. En cualquier caso, jamás había pegado a una mujer.

Agripina se puso de pie despacio, torpemente. Estaba aún más pálida y, de súbito, Cneo se sintió asqueado de sus gestos de dolor y de sus caras de resentimiento. La tormenta tronó por encima de ellos y Cneo se fijó en unas gotas gordas que caían sobre la tierra; la lluvia empezaba a tamborilear desde el sur. Iba a ser un chaparrón; lo olía en el aire. Respiró hondo y subió a la cuadriga.

—Si huyes —insistió ella—, Sejano matará al niño que llevo dentro; *tu hijo*.

La miró. La joven se cogía la tripa con una mano. En nueve años de matrimonio jamás lo había abrazado a él como se sujetaba ahora a sí misma. Lo estaba manipulando. La joven sabía que Cneo se jactaba de su valor, que consideraba que lo peor que podían llamarle a un hombre era «cobar-

de». No podía huir, no, pero, ¡por los dioses!, qué duro le resultaba tener que dar la vida por una persona como ella. Quería vivir.

Tiró de las riendas y el grupo de caballos relinchó y pisoteó las piedras, humedecidas ya. Las bestias llevaban unas placas de hierro sujetas con cintas a cada una de las pezuñas. Sonaba como si se cayeran al suelo un montón de cuchillos. Cneo se equilibró, listo para partir. Se sentía poderoso.

—¿¡Qué vas a hacer!? —le preguntó Agripina.

Cneo sacudió la cabeza hacia un lado, cansado de la voz de su esposa. Si se hubiera casado con otra, no estaría en aquella situación, acusado en falso en Roma. Si no se hubiera quedado embarazada, podría haberse divorciado de ella, pero ahora estaban atados de por vida. Deseó que el niño muriera y que, así, pudiera recuperar su libertad.

Furioso, enfadado consigo mismo, dominando la cuádrupla con gran habilidad, hizo que la cuadriga girara prácticamente sobre sí misma. Sabía que su esposa se quedaría mirando en qué dirección se marchaba, al norte, hacia la ciudad…, o al sur, a vivir sin honor, abandonando a su esposa y a su hijo.

Cneo no miró atrás mientras pasaba por la verja y salía a la carretera. De pronto la lluvia arreció, golpeando con fuerza el suelo y todo lo que encontraba por debajo de ella. Cneo quedó empapado al instante, con la ropa pegada al cuerpo y su rubio pelo pegado a la cabeza.

No vio la línea roja que descendía despacio por el interior de la pierna de ella ni cómo iba mezclándose con la lluvia y volviéndose rosa. Agripina estaba sangrando. Algo se había roto cuando se había caído y el dolor había ido en aumento y ahora resultaba terrible. No obstante, allí permaneció, observando a su esposo, consciente de que no podía marcharse. Su destino estaba en manos de Cneo… y también el de aquel niño que crecía dentro de ella como un tumor. Por enfadado

que estuviera él y por estúpido que fuera, Agripina estaba casi convencida de qué camino iba a tomar. Sin embargo, la incerteza le hacía temblar y la mantenía allí, de pie, como si le hubieran atravesado el corazón con un clavo.

En la carretera, Cneo chascó las riendas y rugió. La línea de animales aceleró de golpe, como si saltara, y la pequeña cuadriga salió detrás de ellos como si la hubieran disparado con un arco. Las herraduras de metal relucían en la penumbra y, de pronto, el hombre había desaparecido… camino de la ciudad.

Agripina se derrumbó en ese momento, llorando ahora que Cneo no podía oírla, ahora que no podía cogerla en brazos y prodigarle esos cuidados que a ella la ponían de los nervios. A su lado llegaron los esclavos de la casa. Unos la protegieron con mantas, otros la ayudaron a entrar y otros llamaron al físico.

—Que venga la partera —les susurró Agripina—, que el niño está en camino.

Se estremeció con violencia y estuvo segura.

Los relámpagos los iluminaban una y otra vez, acompañados de truenos tan potentes que hacían brincar a todos los de la casa. Rezó para que Cneo tuviera la fuerza necesaria para hacer lo que el honor le dictaba, porque aquello ya no estaba en sus manos. Ahora mismo, ella tenía que enfrentarse a su propia prueba.

La lluvia azotaba la carretera mientras la cuadriga volaba bajo la tormenta. Un relámpago detrás de otro emblanquecía el cielo como ovillos desmadejados. Sobrecogido, Cneo sentía los truenos en la piel.

La velocidad a la que iba era peligrosa sobre aquellas piedras. Sabía que sería muy afortunado de sobrevivir si la cua-

driga volcase. Por lo menos, la carretera estaba vacía. Cneo se sentía como si fuera el único ser humano del mundo, perdido en una especie de locura que le llevaba a sentir cada tirón de los caballos y su corazón palpitando.

Se equilibraba sobre una pequeña plancha de madera pintada mientras sus cuatro caballos avanzaban por una medianoche artificial. Cada uno de ellos infectaba a los demás con su miedo, por lo que corrían como si los persiguieran leones, con los ojos abiertos como platos, con la boca llena de una baba que parecía la espuma de las olas.

Pasaba junto a familias acurrucadas al lado de la carretera que se quedaban mirando a aquel loco que galopaba bajo rayos y truenos. Cneo veía sus miradas, pero no se detenía. Se sentía inmortal. ¿Cuándo había escapado él de un combate? ¿Cuándo había escapado de nadie? Cabalgaba hacia la muerte y el aire le sabía dulce. No sentía ningún dolor en aquel momento, ni la punzada de la pena ni las articulaciones, que ya no eran las de un joven. Todos los miedos y preocupaciones iban quedando por detrás de él y volvía a ser un muchacho. Iba como una flecha y, durante un tiempo, se dejó llevar por aquella satisfacción.

Bajo la lluvia, reconoció la ciudad por su luz. Las murallas estaban defendidas por pretorianos con sobretodos y las lámparas de aceite ardían sobre las casetas de guardia y los penachos como luciérnagas. Cneo sonrió al verlo. Aquella era la ciudad que amaba, el orden que necesitaba.

También daba miedo. La extraña paz que había sentido fue desvaneciéndose como la niebla. Las luces de la ciudad significaban fuerza y leyes, y los pretorianos las guardaban. También significaba que aquel era el final de su viaje.

Un hombre de la clase de Cneo podía hacer lo que quisiera en Roma… hasta que lo acusaban de algo. Eso era lo único que hacía falta en algunas ocasiones. Como lo detuvieran,

Cneo sabía que no volvería a ser libre. Empezó a jurar y a maldecir con la intención de enviarlos a todos al Hades, al tormento eterno.

—¡A todos! ¡A todos! —Los gritos se llevaron consigo lo poco que le quedaba de control. Gritó durante un rato mientras la ciudad iba haciéndose grande por delante de él.

Los caballos estaban calientes y de su lomo salía vapor bajo la lluvia. Cneo detectó que algo pasaba en la pisada de uno de ellos y se enfureció. Cojera en piso duro, claro. Culpa suya, culpa suya, siempre suya. Imaginaba lo que diría Agripina cuando se enterase de que había sido tan imprudente. La joven siempre le estaba diciendo que pensase, como si, por alguna razón, Cneo fuera capaz de ver con antelación los desastres que le deparaba el día.

Apretó los dientes mientras los cuatro caballos seguían, cada vez más despacio, con el sonido de sus cascos recordándole el de la batalla. Cneo no era estúpido, dijera ella lo que dijera. ¡Por los dioses, cómo le había cambiado la vida! Él ni siquiera había querido casarse. ¿Para qué, cuando las mujeres le daban la bienvenida a su lecho tan solícitas? Veían su pelo amarillo y sus hombros anchos y, estuvieran casadas o no, le susurraban unas promesas que harían sonrojarse a un sátiro.

Era su madre la que había insistido. La anciana quería un nieto y había arreglado el enlace con la hija de un buen linaje: la bisnieta de Augusto, su preciosa esposa.

Cneo sacudió la cabeza para quitarse la lluvia de los ojos. Había esperado una mujer dócil que le diera un par de hijos y quizá una hija que cuidara de él cuando fuera mayor. En cambio, la chica había entrado en su vida como un turón, todo garras y furia.

En una ocasión, cuando era pequeño, Cneo había intentado domesticar una zorrita. Los esclavos de la casa habían encontrado una madriguera y habían matado a la madre. Cneo

había cogido uno de sus cachorritos antes de que los esclavos los mataran a palazos. Había pensado que los zorros se parecen mucho a los perros y que podría domarla con comida y disciplina. Esbozó una mueca solo de recordarlo. Aquello le había costado la punta de un dedo y le había dejado una cicatriz que iba del codo a la muñeca.

Agripina le recordaba a aquella zorra. Lustrosa y preciosa…, pero peligrosa; porque, cuando te miraba con aquellos ojos negros suyos, era imposible que no sintieras un escalofrío. Nunca sabías qué estaba pensando.

La lluvia fue convirtiéndose en llovizna. El espacio entre relámpago y trueno parecía ir en aumento, lo que significaba que la tormenta se alejaba. Se sintió agradecido, en especial, cuando vio la cola de viajeros empapados que esperaban para entrar en la ciudad. Un idiota incluso le hizo gestos para que redujera la velocidad. Cneo lo obligó a saltar a un lado si no quería que lo arrollase y se alejó carcajeándose. Un romano al que habían llamado para darle muerte no estaba supeditado a leyes estúpidas. Le pareció un pensamiento extraño y se dio cuenta de que estaba sonriendo. ¡Él era Cneo Domicio Enobarbo! ¡Barbo, el de las carreras! Hacía tiempo, todos coreaban su nombre.

Se pasó una mano por el pelo para peinárselo. Por delante de él, un niño entró corriendo en la carretera. A Cneo le dio tiempo a juzgar los harapos con los que vestía y a ver a una mujer chillando a un lado, con las manos adelantadas. Le recordó a Agripina y tomó una decisión, no detenerse.

Los cascos pisotearon al niño y lo quebraron antes incluso de que las ruedas de la cuadriga lo escupieran como si no fuera sino un montón de trapos viejos. Cneo oyó el alarido de la mujer y apretó los dientes, cansado de tanto dolor y tanta pena y de la gente que dejaba que sus hijos se arrojaran a los brazos del peligro.

No desmontó hasta que no llegó a la puerta de la ciudad. Un équite no tenía que esperar junto a granjeros y mensajeros cubiertos de mierda. Cneo asintió al guardia pretoriano. El hombre miró a la mujer que lloraba con su hijo en brazos y que señalaba al auriga. Ambos hombres intercambiaron una mirada y Cneo se encogió de hombros. No importaba.

—El prefecto Sejano quiere verme. Soy Cneo Domicio Enobarbo.

Una multitud se había congregado alrededor del niño muerto y la madre y cada vez más personas señalaban a Cneo con el dedo.

—Será mejor que entres, señor. Puede que se revuelvan. Son como niños.

Cneo se rio por lo bajo. Sintió paz interior, como si supiera lo que tenía que hacer. Iba a enfrentarse a su destino con dignidad. Al fin y al cabo, estaba en casa, entre los suyos.